

ALFA Y OMEGA



ARQUIDIÓCESIS DE MÉXICO • VENEZUELA • CENTROAMÉRICA • EL CARIBE

09 DICIEMBRE 2018

AÑO 4/ N° 50/ TONO 3/ EOTH. 6



DÉCIMO DOMINGO DE SAN LUCAS

Santoral: Memoria de la Concepción de Santa Ana.

**TROPARIO
DE LA RESURRECCIÓN**
Tono 3

Que se alegren los celestiales, y que se regocijen los terrenales; Porque el Señor desplegó la fuerza de su brazo, pisoteando la muerte con su muerte. y Siendo el primogénito de entre los muertos, nos salvó de las entrañas del Hades y concedió al mundo la gran misericordia.

**CONDAQUIO
DE LA PRE-NAVIDAD**
Tono 3

Hoy la Virgen viene a dar a luz inefablemente, en humilde gruta, al sempiterno Verbo. Alégrate, oh universo, al escucharlo; alaba, con las potestades y pastores, a quien por voluntad se revela, al nuevo Niño, al eterno Dios.

CARTA DEL APÓSTOL SAN PABLO A LOS GÁLATAS
(4: 22-27)

Hermanos, Abraham tuvo dos hijos: uno de la esclava y otro de la libre. El de la esclava nació según la naturaleza, en cambio, el de la libre, en virtud de la Promesa. Hay en ello una alegoría, pues estas mujeres representan las dos alianzas: la primera, la del monte Sinaí, engendra para la esclavitud, ella es Agar (pues el monte Sinaí está en Arabia) y corresponde a la Jerusalén de ahora, que, junto con sus hijos, sigue siendo esclava. Pero la Jerusalén de arriba es libre; esa es la madre de todos nosotros. Pues dice la escritura: Regójate, estéril, tú que no has dado a luz; rompe en gritos de júbilo, tú que no conoces los dolores de parto, porque son más los hijos de la abandonada que los de la que tiene al marido.

SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS (13: 10-17)

En aquel tiempo, estaba Jesús un sábado enseñando en una sinagoga, y había una mujer a la que un espíritu tenía enferma hacía dieciocho años; estaba encorvada y no podía en modo alguno enderezarse. Al verla Jesús, la llamó y le dijo: «Mujer, quedas libre de tu enfermedad.» Y le impuso las manos. Y al instante se enderezó y glorificaba a Dios. Pero el jefe de la sinagoga, indignado de que Jesús hubiese hecho una curación en sábado, decía a la gente: «Hay seis días en que se puede trabajar; vengan, pues, esos días a curarse y no en día de sábado.» Le respondió el Señor: «¡Hipócritas! ¿No desatan del pesebre todos ustedes en sábado a su buey o su asno para llevarlos a abreviar? Y a ésta, que es hija de Abraham, a la que ató Satanás hace ya dieciocho años, ¿no estaba bien desatarla de esta ligadura en día de sábado?» Y cuando decía estas cosas, sus adversarios quedaban confundidos, mientras que toda la gente se alegraba con las maravillas que hacía.

MENSAJE PASTORAL

El día de descanso en el Señor

En la lectura del Evangelio, el Señor ha sanado a una mujer en un sábado, acción que lo lleva a enfrentarse con la severidad de los fariseos que le reclaman el haber realizado un trabajo en el día del descanso. Una vez más, Cristo va más allá de la dimensión pragmática de las leyes sabáticas del judaísmo para curar a una mujer encorvada, por lo que de inmediato se da la reacción de reprobación que procede de una mentalidad inflexible y soberbia que desconoce la genuina voluntad de Dios malinterpretando el mandamiento divino: «Santifica el día del Shabat (descanso).»

La importancia del Shabat (el sábado) en el Antiguo Testamento debe su

origen al momento de la creación del cosmos descrito en el libro del Génesis. Dios creó el mundo entero en seis días y, viendo que «todo era muy bueno», bendijo el día séptimo y lo consagró como el día del reposo, día en el cual Dios “descansó”, no de su actuar, sino que lo dedicó a la contemplación de su obra buena.

De esta manera, podremos acceder a la esencia del mandamiento «santifica el día del Sábado» y asimilar su sentido verdadero y profundo: no es un día para el descanso o relajación de la rutina cotidiana, sino que es un tiempo dado principalmente para que Dios repose sobre cada uno de nosotros como su buena creatura, es decir, santa. En la Divina Liturgia, la oración del Trisagio, que el sacerdote recita en voz baja, invoca al Señor: «Oh Dios Santo, que descansas en los santos...»

En nuestro “Shabat”, que es el domingo (el día del Señor como lo da entender la palabra en latín *Dominicus*), nos dedicamos a todo lo santo, preparando el alma cual un tálamo adornado con virtudes: oración, caridad, mansedumbre, penitencia, serenidad, “a fin de que sea digna de recibir al Señor de todo”, tal y como se lee en las oraciones de la liturgia.

Cuando hablamos de la santidad debida a este día, no pretendemos decir que los demás días de la semana sean profanos o sucios; antes bien, el domingo será la fuente de luz y el motor de santificación para todo el *cronos* (el tiempo que fluye regularmente), ya que nuestra vocación es encomendar «nuestra vida entera a Cristo Dios», como entona el diácono en todas las letanías. Resulta una realidad innegable el hecho de que nuestro modo de vivir actual, intereses, ocupaciones y responsabilidades cotidianas a menudo nos hacen olvidar la meta principal; así pues, el domingo viene a recordarnos y a enfatizar en nosotros la verdad que es de ayer, hoy y para siempre: «Del Señor es la tierra y su plenitud, el mundo y los que lo habitan» (Sal 24: 1).

Desafortunadamente, esta esencia sublime propia del día del reposo santo se presenta muy ajena y lejana al *fin de semana*, que es la manera en la que las sociedades «cristianas» contemporáneas lo entienden y lo practican. Sin embargo, la vida sincera de quienes «tienen oídos» no cesa de ser para nuestro tiempo una «voz que clama en el desierto: ¡preparad los caminos del Señor!»

Hoy es el día del descanso: suspendamos las obras y preocupaciones del mundo que impidan que repose en nosotros el Señor de manera plena. Con tal proceder, pasaremos al “día octavo”, el cual es el objetivo de toda la semana, de toda la vida misma, tiempo en el que el alma no quiere suspender, ni por un instante, el clamor de san Juan el Teólogo: «¡Ven, Señor Jesús!» (Ap 22:20). Amén.

+ METROPOLITA IGNACIO

NUESTRA FE Y TRADICIÓN

La vela y nuestra oración

Las velas que se encienden en el templo frente a los iconos constituyen una tradición auténtica y una expresión sencilla y transparente de la devoción cristiana. Sin embargo, el encender una vela, como los demás gestos litúrgicos, tiende a volverse un hábito que, haciéndolo por costumbre u obligación, produce el descuido de lo que debe en verdad encenderse: las virtudes y devociones de nuestra vida interior.

Tomando en cuenta lo anterior, exponemos algunas frases de san Juan de Cronstadt (sacerdote ruso [1845-1920] que el pueblo eslavo recuerda con gran fervor y quien fue canonizado en 1992) a fin de animar nuestra conciencia:

«Las velas encendidas sobre el altar son el signo de la Luz de la Santísima Trinidad, pues Dios no mora sino en la Luz, y hacia Él, la oscuridad no

se acerca ya que es como fuego que devora todo pecado o maldad.

Una vela encendida ante el icono de Cristo lo anuncia como la Luz del mundo, la cual ilumina a todo hombre que viene a Él. Una vela encendida ante el icono de la Virgen la anuncia como la Madre de la Luz.

Una vela encendida ante el icono de un santo lo anuncia como candel adornado y, puesto como faro alto, ilumina a todos los que están en la casa. Encendemos las velas como símbolos del ardor de nuestro celo hacia su santidad y amor, como señales de veneración, como alabanza silenciosa y como agradecimiento por la intercesión que nos brindan ante el tribunal divino.

Cuando enciendo una vela, pido a Dios que me otorgue un corazón que arda con el fuego del santo celo y del amor puro, que queme los deseos y pecados que están dentro de mí.»

VIDAS DE SANTOS

Concepción de santa Ana

9 de diciembre

De la madre de la Santísima Virgen María no hay referencias en los Evangelios ni en los restantes escritos del Nuevo Testamento. Lo

que conocemos de ella está escrito en los Evangelios apócrifos. Según estas narraciones, que coinciden con la tradición de la Santa Iglesia, el sacerdote Matthan, residente de Belén, tuvo tres hijas: María, Sobi y Ana.

María, luego de casarse en Belén, dio a luz a Elizabeth, madre de Juan el Bautista. Ana se casó con Joaquín de Galilea, y luego de muchos años concibieron a la Santísima Virgen María.

La tradición nos relata que sus padres la consagraron al servicio del templo de Jerusalén, a la edad de tres años. Después de pocos años, ellos murieron.

Santa Ana ha sido honrada desde la antigüedad, esto lo concluimos por los escritos de varios Padres de la Iglesia y también por himnos eclesiásticos antiguos en honor a la madre de la Virgen María.

De igual manera, existen referencias que datan del año 550 acerca de que el emperador Justiniano consagró un templo en Constantinopla en su nombre.

Pidamos entonces las intersecciones de Santa Ana para la salvación de nuestras almas.

Iglesia Ortodoxa Antioquena
Arquidiócesis de México, Venezuela, Centroamérica y el Caribe

Pirules 110, Jardines del Pedregal, 01900, Ciudad de México.

Tel.: +52(55)5652-7772 / Fax.: +52(55)5652-5433

e-mail: ortodoxia@prodigy.net.mx / Web: www.iglesiaortodoxa.org.mx